

En esa misma tarde partieron todos para Mazatlan, quedándonos Palació, Granados y yo en Culiacan, esperando el desastroso resultado que ya preveíamos.

¿A dónde habria ido á dar la moralidad y la decencia, cuando en el mismo *Periódico Oficial* del gobierno se nos llenaba de injurias, especialmente á mí, por aquel nuestro viaje á Culiacan?..... Pues este resultó casi inútil, porque los señores diputados tuvieron á bien faltar á su palabra, instalando la legislatura en Mazatlan; y no fué esto solo, sino que dejándose apremiar por el Ejecutivo, procedieron á hacer la computacion de los votos emitidos para gobernador y vice-gobernador del Estado.

Vamos á llegar al desenlace de toda esa comedia.

CAPITULO VI.

UN ARDID DE GUERRA.

Era prefecto político y comandante militar de Culiacan un paisano y amigo de Rubí llamado el coronel D. Martin Ibarra: valiente, ignorante, simplon y de muy buen fondo.

Recibió orden de su gefe para ejercer sobre nosotros gran vigilancia y rodeó la casa en que viviamos de centinelas: esto nos hizo abrir los ojos y estar alerta, tanto mas, cuánto que esta medida venia coincidiendo con la aparicion de un periódico en Mazatlan llamado el *Duende* escrito por un tal Amado Santa Maria, en el cual se nos hacian amenazas de muerte. En tre las cosas mas dulces que se decian contra mi era que se consideraba como un hecho indispensable que yo desapareciera del catálogo de los vivientes para que yo volviera á reinar la tranquilidad en Sinaloa.

Diariamente los hombres de nuestro círculo nos

comunicaban los sucesos que se estaban desarrollando en Mazatlan: á última hora se habian introducido algunos paquetes de boletas de las que el gobierno habia mandado imprimir para su uso particular. La gefatura de hacienda presentó una cuenta de cinco mil pesos gastada en impresiones electorales del Ejecutivo.

La comision escrutadora habia comenzado con toda formalidad los trabajos de la computacion. Martínez y Rubí eran los candidatos que reunian mayor número de votos: la diferencia que iba á resultar en favor del uno ó del otro tenia que ser insignificante, pero no se podia establecer esa base para hacer la declaracion, puesto que los licenciados Buena y Monzon tambien habian sacado algunos votos, habiendo venido tan solo á destruir la mayoría absoluta, que bien expulgada la cosa, habia obtenido Martínez.

Eso resultó al cabo: ninguno de los competidores obtuvo la mayoría absoluta de sufragios que previene la constitucion del Estado. A la legislatura correspondia entónces nombrar al que debia ser gobernador entre los que hubieran obtenido mas votos, esto es, entre Rubí y Martínez.

Esto puso en suspenso á los dos partidos mas fuertes, llenando de sorpresa á los que no obstante el poco escrúpulo con que emplearan los elementos oficiales, no habian podido alcanzar el éxito completo que juraran á todo trance obtener.

Entónces no quedaba que hacer otra cosa sino esperar la última decision de la legislatura para acatarla:

en esto estuvo conforme el sentimiento público y nadie pensaba en promover el menor disturbio, á pesar de la gran efervescencia que habia reinado en los partidos.

El gobierno por su parte tomó la precaucion de mandar armas y pertrechos de guerra á Pánuco, en cuyo punto estaba funcionando tambien una maestranza; pero no se puede hacer el cargo al general Rubí de que estuviera resuelto á oponerse con la fuerza á que el general Martinez fuera el gobernador, y más bien creo que era un ardid para que el comercio, temeroso de una revuelta, le prestara su proteccion.

El congreso del Estado pronunció una resolucion que cogió á todos de nuevo por lo inesperada. Decía en estos términos poco más ó menos lo que habia tenido á bien decidir en sesion secreta:

"Quedan eliminados de la primera magistratura del Estado de Sinaloa, por no haber obtenido mayoría absoluta de votos, los CC. generales Domingo Rubí y Angel Martínez. Es nombrado gobernador del mismo el C. Lic. Manuel Monzon."

Esto produjo una de las explosiones mas espantosas. Los gobiernistas fueron inmediatamente con Martínez á proponerle la fusion de los dos partidos contra aquella entidad. Martínez, que guardó siempre la actitud mas digna, les contestó:

—Mi círculo politico es el de mis amigos particulares en el Estado que me postulan para gobernador: yo no tengo interés alguno en llegar á ese puesto

é ignoro lo que hay que hacerse y lo que se ha hecho. Vean vdes. á mis amigos si gustan.

Las personas que encabezaban el partido de Martínez en Mazatlan no tuvieron embarazo en aceptar la liga que se les ofrecía. Siempre estuvieron dispuestos á marchar en armonía con el poder á condicion únicamente de que éste respetara la libertad del sufragio, y sus resultados, cualesquiera que fuesen.

Las miras rubiistas quedaron demostradas luego. Querian contar, si no con el apoyo, con la tolerancia al ménos del partido más fuerte, en presencia de los escándalos que iba á poner en ejecucion.

Desde luego mandó rodear el lugar de sesiones del Congreso con soldados, los cuales se encontraban á las órdenes de jefes brutales, empeñados en dirigir á punto determinado el tono de las deliberaciones. A los diputados que no querian concurrir á las sesiones, se les mandaba llevar entre filas, y á los que pretendian salirse se les obligaba á volver á la fuerza.

La órden trasmitida á cada diputado sobre el primer punto que tenia que resolverse, era la revocacion del decreto en que se declaraba gobernador al Lic. Monzon.

Para dar á aquella escena de terror mayores proporciones, grupos de gente armada recorrian las calles vociferando contra el congreso: tambien decian á gritos aquellos salvajes que estaban encargados de dar muerte á los diputados al salir del Congreso, si elegian para gobernador á otro que no fuera Rubí. Aquellos vagabundos llegaban á cualquier tienda, y pedian vi-

no, que no se les negaba porque era á cuenta del gobierno.

El presidente de la legislatura dió una proclama, ofreciendo que pronto se ocuparia la cámara de aquella cuestion que tan excitadas tenia á las masas populares, en un sentido propio para calmar los ánimos. El motin, lejos de aplacarse, tomó creces con este ofrecimiento, pues se pudo palpar la debilidad de los legisladores, se vió claro que se componia aquel congreso de espíritus apocados y se les exigió, sin mas miramientos, que sobre la marcha se reunieran y destruyeran su obra, dando un voto de censura al decreto que habian aprobado.

Aquellos pobres representantes del pueblo, fueron husmeados y arrancados de las casas en que estaban ocultos, despues de varios dias de haber estado discutiendo sin resultado, y se les obligó á recomenzar las deliberaciones con la espada de Damocles. . . . mas bien dicho, con el machete del caribe, suspendido sobre ellos. O se apresuraban á nulificar su declaracion, ó morian. Los diputados, despues de pesar ambos extremos, y viéndose rodeados de armas empuñadas por hombres que no los veian con semblantes cariñosos, se decidieron por el primero. . . . No valia la pena dejarse matar por tan poca cosa, y declararon que era nula su primera declaracion.

Embebidos nos encontrábamos con las noticias que nos llegaban de Mazatlan, esperando de un momento á otro la última decision del congreso, los que formábamos el partido de la liga en Culiacan, cuando

un día, un correo extraordinario, de intento ó por equivocación, entregó los pliegos de que era portador, á nuestro amigo el coronel Granados, cuyos pliegos eran del gobierno para el jefe político, coronel D. Martín Ibarra.

Granados estuvo vacilando un momento sobre lo que debía hacer, pues ya no podía considerar á aquellos como enemigos una vez celebrada la liga; pero llevado de una súbita inspiración, abrió el sobre y se encontró con una carta escrita del puño de Rubí, con sus correspondientes disparates. Ordenaba en ella al prefecto de Culiacan, que con todas las precauciones debidas se apoderara de mí y del coronel Adolfo Palacio, y nos remitiera bien amarrados codo con codo, al mineral de Pánuco, en donde se nos pondría á buen recaudo según las instrucciones que estaban ya comunicadas.

Aquello era una sentencia de muerte.

Para dictar medida semejante, no tenía el más mínimo pretexto, y antes bien era una traición á los compromisos de la liga, que en tales momentos tenía todo su vigor, al punto de haber suspendido nosotros en Culiacan nuestras publicaciones. Para excusar el paso, decía en la carta, que era una providencia precautoria para evitar que conspirásemos contra el orden público. Era por cierto en lo que menos pensábamos, no solo porque carecíamos de toda clase de elementos en Culiacan, sino porque teníamos fé en el triunfo, que no dejarían escapar nuestros amigos, solo con brindar garantías á los diputados, contra los atropellos de que estaban siendo víctimas.

Granados me llamó aparte para enseñarme los pliegos, sin que lo observara Palacio, temiendo una imprudencia de su carácter. Las noticias que venían por separado de la orden de prisión, nos eran del todo contrarias: la mayoría de los diputados estaba comprometida ya con Rubí.

—Es preciso inventar hoy mismo un recurso que nos salve: mañana puede venir la orden repetida por el correo ordinario.

—Y vds. no han cometido delito alguno para dejarse arrestar sin más ni más, agregó Granados con nobleza, ni yo lo consentiré.

El teniente coronel Ballesteros, que había sido encargado de poner en lugar seguro el correo, vigilado por otro oficial de nuestros amigos, entró en mi cuarto diciendo:

—Refiere el correo que varios grupos de pueblo, al salir él de Mazatlan, gritaban en las calles: ¡Viva Martínez!

—Esa noticia en estos momentos sería nuestra salvación, dije yo, porque Martín Ibarra no se atrevería á tocarnos.

—¿Y si sale electo Rubí? preguntó Ballesteros.

—Tendremos que ocultarnos sabe Dios donde. Sus consejeros nos odian.

Granados, que se había quedado meditando, exclamó de súbito:

—¿Vamos inventando esa noticia?

—¡Hum! dije yo, ¿quién ha de creernos?

Granados expuso su plan, que consistía sencillamente

te en poner el vestido de cuero del correo á un mozo que teníamos de confianza, el cual llegaría todo empolvado al oscurecer por el Campo Santo á carrera tendida, preguntando por nosotros á los transeuntes, y gritando á voz en cuello al pasar por las tiendas, que nos traía la noticia del triunfo de Martínez.

Deslumbrados por tal proyecto, nos decidimos por él, y comenzamos desde luego á ponerlo en ejecución.

Escribimos cartas y oficios imitando perfectamente la letra del general Toledo, del Lic. Andrade y de algunos otros de nuestros amigos, recortando los sellos oficiales de otros pliegos para pegarlos en los nuestros con sumo cuidado. Hecho el paquete lo entregamos á nuestro mozo, que era bastante entendido, con las debidas instrucciones.

El golpe teatral debia ser en una tienda, la más concurrida de los platicones, á donde teníamos por costumbre hacer alto de vuelta de nuestras excursiones á caballo todas las tardes.

A Palacio nada le comunicamos por temor de que fuera á desaprobar el sólo medio de salvacion que teníamos por el momento, pues que lo único que pretendiamos era engañar á la autoridad por aquella noche, para ver si lográbamos escaparnos al dia siguiente.

A cosa de las cinco de la tarde invitamos al coronel Palacio á montar á caballo; accedió gustoso, y anduvimos recorriendo los suburbios de la poblacion, entretenidos en conversar de cosas las más frívolas é

indiferentes. Para nada dejamos escapar ni la más leve frase que se refiriera al asunto de la comedia que teníamos preparada.

Al oscurecer pasamos como casualmente por la tienda que habíamos designado para teatro de nuestras operaciones: allí estaban reunidas todas las personas que deseábamos. Palacio tuvo repugnancia de llegar, y se separó de nosotros.

—Es mejor, dije á Granados al oido.

—Es verdad: él no tiene papel activo en el sainete.

Granados y yo entramos á la tienda: invitamos á los presentes á tomar con nosotros una copita de Bermuda: aceptaron con gusto, y empezaron á *platicarla*. No se hablaba allí más que de elecciones, que era lo que nosotros queríamos, para que los ánimos estuvieran preparados. Algunos por alhagarnos ó porque así lo sentían, ayudaban á nuestro proyecto, opinando que de un momento á otro debia llegar la noticia del triunfo de Martínez.

Nosotros contestábamos que era muy difícil poder contrariar las intrigas y violencias del gobierno: es decir, nos mostrábamos desalentados.

De repente se oyó en la calle el galope de un caballo: un curioso se asomó á la puerta, y preguntó al ginete:

—¿Qué hay?

—Vengo de Mazatlán, contestó ahogándose: busco al coronel Granados.

Todos los circunstantes se conmovieron, y exclamaron á una voz:

—Aquí está, aquí está el coronel Granados.

—Señor, repitió aquel muy agitado, soy correo de Mazatlán.

—¿Qué noticias traes?

—Es gobernador el Sr. Martinez: aquí están los pliegos.

Granados dejó caer la copa que tenía en las manos, y yo la botella con que estaba sirviendo.

Abrimos el paquete, y repartimos las cartas que íbamos leyendo, entre la concurrencia, que quedó penetrada de la verdad: los detalles no podían ser más precisos ni más satisfactorios: todo estaba explicado con naturalidad.

Dos caballeros respetables había allí que nos dijeron:

—Nosotros teníamos la noticia desde esta mañana.

—Y nada nos habían dicho!

—No quisimos evaporarla, esperando su confirmación.

Nos separamos de allí cada uno por su lado dando la buena nueva, y á los cinco minutos la sabía toda la población.

A renglon seguido mandamos que se repicara, que se situara en la plaza la música militar, que se compraran cuantos cohetes hubiera en las tiendas, que se repartiera vino al pueblo, y que el Jefe político con sus empleados, se pusiera al frente de la procesion que iba á recorrer las calles entre doscientas hachas encendidas.

Una vez organizados en la plaza, nos dirigimos á

nuestro alojamiento con toda la gente: al llegar á la puerta la música tocó el himno nacional, y lanzamos este grito que fué contestado por todos:

—¡Viva el gobernador del Estado, general Angel Martinez!

—¡Viva el vice-gobernador, Coronel Adolfo Palacio!